

# Historia de un perro verde



Texto: *Seve Calleja*  
Ilustraciones: *Juan Carlos Eguillor*



## 1

Antes, Marta era una niña normal. Tenía un padre y una madre felices. Los tres vivían juntos en una casa con jardín. Y en el jardín vivía Pecas, el perro que papá le había regalado a mamá para que no se sintiera tan sola antes de que ella naciera.

Antes, Pecas era un perro lanudo y diminuto que corría, ladraba, brincaba y mordía a todas horas. Marta aprendió de él muchas cosas. Lo quería tanto como a papá y a mamá y, cuando llovía o hacía frío, le dejaban dormir en su misma habitación.

Luego, Marta creció y comenzó a ir al colegio. Mientras, papá seguía ensayando con su trompeta todo el día porque por las noches tocaba en un club. Y cuando mamá venía de trabajar, solía encontrar la comida sin hacer, la casa desordenada y a Pecas y a la niña aburridos en el jardín.

Y discutían mucho los dos.

-¡Esto es insoportable, no aguanto más! -se quejaba mamá.

-¡No hace falta que me grites! -voceaba papá.

Entonces Marta y Pecas se abrazaban escondidos en un rincón. Parecían muertos de miedo.

## 2

El perro no entendía bien lo que sucedía. Y era la niña quien tenía que explicárselo:

-Creo que mamá quiere que papá deje de tocar la trompeta y que vaya a trabajar a la ciudad como ella -le explicaba a su amigo.

-¿Y por qué se enfada tu padre? -quería saber Pecas moviendo el rabo.

-Creo que papá quiere que mamá se quede en casa a tocar la trompeta con él. Y a hacer las tareas de la casa. Y a cuidar de nosotros, porque somos pequeños.

-Tú ya no eres pequeña -le decía Pecas mirándola de abajo arriba.

-Pero tú sí -le contestaba Marta mirándolo de arriba abajo.

-Pues me quedaré quieto para no molestar.

Y así fue como Pecas aprendió a permanecer sentado en la hierba sin mover ni siquiera el rabo.



### 3

Desde entonces, Marta aprendió a hacer muchas cosas.

Al volver del colegio, ordenaba su cuarto, ponía la mesa, sacaba la basura, daba de comer a Pecas... Luego se sentaba en la sala a escuchar tocar la trompeta a su padre y, cuando daban las ocho, le aplaudía como una loca para que dejara ya de ensayar.

A esa hora se asomaba a la puerta a esperar a que llegara su madre del trabajo:

-Hola, mamá -la saludaba-. Ya está todo hecho.

El pobre Pecas no se atrevía ni a rechistar por si acaso. Prefería quedarse plantado en el jardín como un seto.

Luego, cuando papá se preparaba para ir al club, mamá volvía a enfadarse mucho con él:

-Así no podemos seguir -se quejaba.

-¿Qué he hecho yo ahora? -preguntaba papá desconcertado.

-Nada. ¡Eso es lo que has hecho!

-Mamá... -intervenía Marta.

-Tú te callas, enana.

Y la niña, sin saber qué hacer, se ponía colorada de pena y salía al jardín a contárselo a Pecas. Pero el perro tampoco sabía qué decirle. Prefería seguir quieto y callado como un pasmarote entre la hierba. Por si acaso.

Ahora, a Marta le ha surgido un problema muy serio. Un problema doble: su padre y su madre. Y aunque el problema no es suyo, es ella la que paga el pato de tener que ser dos hijas a la vez:

Marta, de lunes a viernes.

Tamar, los sábados, domingos y festivos.

Es tan complicado, que Toto no lo entiende. Y ella, a veces, tampoco. Sobre todo cuando se lo tiene que explicar a su amigo.

-Papá y mamá han dejado de quererse y ya no viven juntos. Eso lo entiendes, ¿verdad, Toto?

Y su amigo sonrío poniendo cara de tonto. Por eso Marta lo llama así. Le puso ese nombre el día que llegó al jardín a ocupar el hueco de Pecas. Y como aquel día Marta estaba bastante acatarrada, se le debió de perder la *n* en la nariz.

Toto es un enano de piedra que se pasa la vida plantado en el jardín. Y no habla, ni se mueve, ni come, ni nada. Sólo escucha a su amiga de lunes a viernes.

-No puedo estar siempre contigo, ¿sabes? -le dice Marta-. Mi mamá y Pecas también me necesitan, porque ahora están tan solos como nosotros.



#### 4

La mamá de Tamar vive en el piso más alto de un edificio en el centro de la ciudad. Y desde la terraza de su apartamento se le puede ver a Pecas, ese perro de flores que vigila el museo Guggenheim, donde mamá trabaja.

Pero ya casi nadie lo llama Pecas, ni siquiera mamá. Y como no puede vivir con ella en una casa tan pequeña, se ha quedado ahí abajo. Y todo el mundo lo llama Puppy, en inglés, y le hace fotos porque ahora ya no es tan pequeño. Además, se ha vuelto verde y le han crecido flores.

Casi nadie sabe que ese perro es el verdadero Pecas.

-Cuando algo cambia de lugar o de forma -le explica mamá a Tamar-, deja de ser lo que era, ¿entiendes? Así que es mejor que te olvides de Pecas para siempre.

Pero Tamar eso no lo entiende. Y no quiere olvidarse de Pecas. Ni de mamá. Porque, aunque también ella haya cambiado de lugar, sigue siendo su madre.

Visto desde lo alto, a Tamar le parece que la mira y la escucha, y que aún la reconoce. Por eso habla con él desde la terraza del piso de mamá los sábados y domingos.

-¿Tengo un amigo nuevo, ¿sabes? Me lo trajo papá cuando te fuiste para que no te echara en falta. Se llama Toto.

Y le explica que al principio era inmenso como un gigante y que luego empezó a menguar para poder ocupar su hueco en el jardín.

-Os quiero mucho a los dos aunque seáis tan diferentes -le explica al perro de colores-. Toto es de piedra, se ha vuelto bajito y vive rodeado de flores. Tú, en cambio, desde que mamá te trajo a la ciudad, fijate, te has hecho enorme, te han vestido de flores y ahora vives rodeado de piedra.

Luego permanecía callada esperando que él levantara al menos la cabeza o moviera el rabo como señal de que la reconocía.

-Me gustaría que os conocierais -le dice de nuevo a su amigo-. Pero, desde que papá y mamá se han separado, eso es casi imposible.

El perro de flores ya no habla, ni se mueve, ni come, ni nada. Sólo la escucha los sábados y domingos, que es cuando ella vive con mamá.



## 5

Al volver a casa de papá, Toto la ha recibido con su sonrisa de siempre.

-Hola, pequeñajo -le saluda Marta agachándose y pegando la cara a la hierba para estar a su altura.

Desde tan cerca, le ha parecido que Toto estaba triste.

-¿Me has echado mucho en falta?

El enano de piedra le muestra su sonrisa de siempre, que para Marta significa sí.

-Mira Toto, no podemos irnos todos a vivir a la ciudad. A papá no le permitirían tocar la trompeta en una casa como la de mamá, ¿lo entiendes? -le explicaba a su amigo de piedra-. Y tú allí no podrías vivir. La gente te pisaría sin querer. Por eso Pecas ha tenido que crecer y vestirse de flores, el pobre. Y mamá le ha comprado una enorme caseta de metal. ¿Quieres tú una igual?

-Hola, Marta -le saluda su padre por entre las cortinas.

-Hola, papá -la niña echa a correr hacia él.

A Marta le encanta oír el sonido de la trompeta. No entiende por qué a su madre le provocaba dolor de cabeza.

-Papá, ¿le hacemos una casa a Toto en el jardín como la que mamá le ha comprado a Pecas?

-Ya veremos.

Papá siempre respondía así cuando no sabía qué decir.

Hasta que su padre y su madre no vuelvan a quererse, Marta sabe que no podrá tener hermanos. Así que, para no estar tan sola a veces, necesita contar con Mía y con Lucas, que eran sus dos mejores amigos. Además ellos son los únicos que la tomaban en serio. Los demás pensaban que es una rara. Y se lo habían dicho.

-Hay muchos padres que no se quieren, ¿y qué?, ¿qué tiene eso de raro? -les pregunta.

-No es por eso -le responden.

-También hay mucha gente que no tiene hermanos, ¿o no? -insiste.

-Tampoco es por eso -le contestan.

-¿Entonces por qué os parezco rara?

-Porque vives en dos casas diferentes.

-Eso no es culpa mía -se defiende ella.

-Y porque hablas con las cosas.

-Toto y Pecas no son ninguna cosa, también son mis amigos

-Y porque tienes dos nombres...

-Es uno solo. Veréis: Mar-ta-mar-ta-mar-ta-mar... -dice a toda velocidad para demostrarles que en eso tampoco llevaban razón-. ¿Lo veis? Es un solo nombre, sólo que da vueltas. Como los vuestros.

Y se ponía a decir sus nombres a toda velocidad:

-A-mí-a-mí-a-mí-a-mí...Cas-lu-cas-lu-cas-lu...

Pero no lograban convencerlos del todo. Siempre acababan mirándola como a un bicho raro y dejándola sola.



Ahora a Marta no le gusta tener que ir al colegio. A sus amigos, en cambio, parece que les encanta. Incluso a Mía, la trapecista del Circo del Sol.

-¿A ti te hace falta estudiar para saber volar? -le pregunta Marta.

Y ella le contesta que tiene que aprender a contar, y a medir distancias y dibujar figuras en el aire. Y que por eso acude a clase cada vez que el circo llega a una nueva ciudad.

Hace sólo una semana que está aquí y ya es casi, casi su mejor amiga.

-Yo no necesito ir al colegio. Sólo quiero aprender a soñar lugares y personas diferentes -les dice; y añade: -Mis amigos Toto y Pecas no van a ningún colegio.

-Yo conozco lugares y personas diferentes -le comenta Mía-, y no se le entiende a la gente si no sabes su idioma.

-¿Y cuando te aplauden tampoco? -quiere saber Marta.

-Cuando aplauden y gritan, entonces sí.

-Pues es suficiente. Yo me conformaría con los aplausos de la gente: ¡Bravo!, ¡viva!, plas, plas, plas... -y hacía reverencias delante de sus amigos.

-Es que tú... -Mía no se atrevía a decir lo que pensaba de ella-, ... tú no eres como las demás personas.

-¿Y por qué?, ¿porque vivo en dos casas?, ¿porque tengo dos nombres?...

-No lo sé -le contesta Mía.

-¡Bah!, entonces no es importante.

Y Marta se alejaba llamando a sus mejores amigos como si fuera un tractor o una ambulancia:

-To-to-to-to-to-to.... Pu-py-pu-py-pu-py-pu...

Mientras se iba, casi todos se burlaban de ella con muecas. Todos menos su amiga Mía.

-No es por eso -le grita la trapecista-. Es porque nunca te enfadas.

-Porque no es importante -se ha vuelto a decirle Marta.

Al llegar a casa, Marta se ha acercado a saludar a Toto como siempre. Se ha agachado sobre la hierba y le ha dicho al oído:

-Hola, pequeñajo.

Luego se ha quedado mirándolo un rato sin saber qué decirle y ha corrido a buscar a papá.

-Ven, papá, corre -y ha tirado de él hacia el jardín-. Toto está triste, creo que está llorando.

-No está llorando, Tamar -la ha tranquilizado su padre-. Es la lluvia, que le resbala por la frente.

-Pero está triste -insiste la niña.

-Eso tal vez sea porque se siente muy solo.

-¿Por qué?

-No lo sé, cariño. Quizás porque echa en falta a su familia.

-Su familia somos nosotros, papá.

-No, Tamar, su verdadera familia son los enanos del bosque.

La niña se ha vuelto entonces muy preocupada hacia su padre.

-¿De qué bosque, papá?

-Del bosque de los cuentos del que un día lo raptaron.

Sin darse cuenta, su padre se había metido en un buen lío. Ahora iba a tener que explicarle a su hija toda la historia del enano de piedra.

-Verás -se recuesta en la hierba mojada-. Antes de llegar aquí, este enano no se llamaba Toto. Se llamaba Mudito. ¿No te has dado cuenta de que no sabe hablar? Y vivía en un bosque con otros seis hermanos...

En cuanto su padre ha terminado de contar la historia del enano, la niña ha pensado en Pecas. Quería conocer también la del perro.

-Eso es cosa de mamá -le ha respondido su padre.



Tamar había tenido que esperar al sábado para volver a la ciudad y enterarse de la historia del perro gigantón vestido de flores.

En cuanto ha llegado, se ha asomado a la terraza a saludarlo, como siempre.

-Mira, mamá, corre, ven.

-¿Qué ocurre?

-Que a Pecas se le han caído los colores y se ha vuelto todo verde.

-Eso es porque llega el invierno, corazón, y las flores se esconden hasta la primavera.

Entonces la niña ha vuelto a quedarse en silencio sin apartar la vista del gran perro del hierba

-Mamá -ha dicho luego-.

-Dime.

-Quiero que Pecas vuelva a vivir en nuestro jardín. A vivir otra vez todos juntos.

-Eso es imposible, mi vida -su madre le ha dado un beso y ha querido volverse a la sala a seguir leyendo el periódico.

-¿Por qué es imposible? -ha insistido la niña.

Ella, sin atreverse a levantar la vista de las noticias le ha contestado:

-¿No ves que Puppy ahora es demasiado grande?

-Pues le dices que vuelva a encoger y a ser como antes. Y le cambias el nombre por el que tenía antes. Y hablas con papá. Y hacéis las paces. Y yo vuelvo a ser una sola hija...

-Ahora estáte un poquito callada, cariño, que estoy ocupada.

Tamar ha tenido que aguantarse las ganas de seguir hablando con mamá. Pero con la condición de que algún día ella le contara la historia de su perro.

Está convencida de que, cuando conozca bien su historia, conseguirá que vuelva a ser el que era. Como Toto, el enano de piedra que alguien robó de un cuento.





## 8

Gracias a Lucas, Marta había conseguido descubrir de qué cuento habían raptado a Toto, que antes se llamaba Mudito. Lo había visto dibujado junto a todos sus hermanos en un libro que tenía su amigo.

-Prométeme que me ayudarás a devolverlo a su bosque -le había pedido a Lucas. Así que algún día irían a buscar por entre los árboles de más allá a una familia de leñadores que se pasaban la vida cantando. Y cuando los encontraran, les desvelarían dónde estaba su hermano Mudito.

-Yo no conozco los bosques -le había advertido Lucas-. Nos podríamos perder. O encontrarnos con un ogro. O con una bruja. O con un lobo feroz.

-¡Eres un cagueta!- le había reprochado Marta a su amigo.

-Y tú, una rara -se había defendido él antes de cerrar su libro de cuentos y marcharse a su casa.

-Ya me lo has dicho muchas veces -contestó Marta, tratando de no enfadarse. Porque no podía enfadarse con él si quería que la ayudara encontrar a la familia de enanos del bosque.

-Y algún día -le gritó cuando ya se iba su amigo-, me acompañarás a la ciudad a rescatar también a Pecas, ¿quieres?

-Eso pídeselo a Mía -fue lo último que le dijo su amigo.

Sí. Mejor se lo pediría a su amiga la trapecista. Sólo una persona capaz de subir, y de girar, y de moverse por el aire como Mía podría ayudarle a ponerle el collar a un perro tan grande.



Su madre le había explicado a Tamar por qué ahora Pecas se llamaba Puppy. Y ella se la había contado a su amiga Mía. Era una historia bastante complicada de entender. Y de creer.

-Pero yo ya sé lo que ocurrió de verdad -dijo la niña a su amiga.

-Cuéntamelo.

Entonces Marta le contó lo que ella sospechaba en realidad:

-Creo que mamá estaba tan enfadada el día que se fue a vivir a la ciudad, que se le olvidó el perro en la calle y él se sentó a esperarla delante de la casa. Y que llovió mucho. Y que el pobre se mojó tanto que, como era de hierba, se puso a crecer. Y que cuando mamá lo vio tan grande no pudo meterlo en casa. Y entonces lo dejó cuidando en museo donde ella trabaja.

-¿Y por qué le han cambiado el nombre? -quiso saber Mía.

-Pues para que mi papá y yo no nos diéramos cuenta de que era Pecas -le explicó-. Y por eso lo han vestido de flores también.

-¿Y qué piensas hacer?

-Esperar a que encoja -dijo Marta- Pero tienes que ayudarme tú. Tenemos que ponerle un techo como el de tu circo para que no se moje más.

Mía no se atrevió a decirle que eso era imposible.

-Tú eres trapecista y puedes subirte a sus orejas, y a su hocico, y a su lomo.

Tampoco se atrevió a decirle que no podía quitarle la carpa a su circo.

Pero Marta había adivinado qué era lo que estaba pensando.



## 9

Si los dueños del circo de Mía le prestaban su carpa para cubrir a Pecas, su papá podría tocar la trompeta para ellos.

-Mi papá es un gran trompetista -le decía a su amiga-. Por eso vive lejos de la ciudad para no molestar.

Mía seguía pensando que Marta era una rara, porque pensaba cosas raras. Pero no quería decírselo a todas horas.

-Y mientras papá toca la trompeta, tú podrías volar por encima de Pecas. Y deslizarte por su lomo. Y acariciarle las orejas desde el trapecio. Y la gente te aplaudiría, ¡bravo!, ¡hurra!, plas, plas plas.

Mientras la escuchaba, Mía hubiera querido saber de qué iba a ocuparse su amiga, pero no se atrevió a preguntárselo. Sólo dijo:

-Es bonito tu plan.

Marta parecía tan entusiasmada que había pensado en todo los detalles. Incluso mamá podría colaborar. Ella se encargaría de vender las entradas al borde de la carpa como hacía cada día en el museo.

-Es sólo hasta que encoja Pecas -le explicó a su amiga.

-¿Y si no encoge? -fue lo único que se atrevió a decir Mía.

-Seguiré esperando.

Después de un largo rato en silencio, Marta ha dicho a su amiga:

-¿Quieres que te lo dibuje?

Mía aceptó sin atreverse a decir nada. Ni siquiera se atrevió a decirle que un dibujo no iba a cambiar las cosas.

-¿Qué piensa tu papá? -le preguntó por fin Mía.

-Él aún no lo sabe?

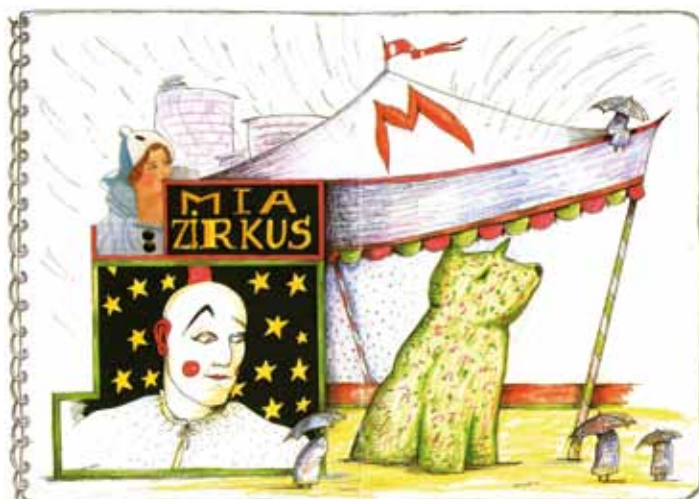
-¿Y tu mamá? -quiso saber entonces.

-Tampoco -le respondió sin dejar de dibujar-. Todavía es una sorpresa. Por ahora, sólo lo sabes tú.

Mía la veía dibujar. Quería ver cómo sería el circo en el que ella tenía que balancearse alrededor del gran perro de hierba.

-¡Más arriba! ¡Súbeme más arriba -le pidió emocionada a su amiga.

-Es imposible. ¿No ves que te saldrías del papel?



Si algún día conseguía que Mudito volviera al bosque con sus hermanos y que Pecas dejara de ser Puppy y volviera al jardín, Marta habría logrado hacer lo más difícil.

Ya sólo le quedaba conseguir que su padre y su madre volvieran a estar juntos.

-¿Y qué piensas hacer? -quiso saber Lucas.

-Me sentaré donde se sienta Puppy y esperaré sentada hasta que mi mamá venga a buscarme.

-¿Y tu papá? -quiso saber Mía.

-Me sentaré en medio del jardín donde se sienta Toto.

-Pero puedes crecer con la lluvia como le ha ocurrido al perro -le ha advertido Mía.

-O puedes volverte de piedra como le ha ocurrido a Mudito- ha comentado Lucas.

-Eso es imposible -les ha contestado-. Mi papá y mi mamá no lo consentirían.

Desde entonces, Marta ha seguido creciendo.

Durante la semana, al volver del colegio, se pasa largos ratos sentada en el jardín junto al enano Toto, que cada vez le parece más pequeño.

-Cuanto antes encojas, antes podré llevarte yo misma al bosque de tu cuento con tu familia. Venga, enanece más, enano.

Y él le regala su sonrisa de siempre.

Y los fines de semana, asomada al balcón de mamá, habla también con Pecas.

Le cuenta que algún día ella misma podrá llevarlo de regreso al jardín familiar.

Y, aunque el perro todavía no se mueve ni labra, parece que la mira y que asiente complacido.

